

BIBLIOTECA POPULAR JUDIA

HARDI SWARSENKY

**HISTORIA
DE LA
NOCHE
DE
CRISTAL**



#4
HARDI SWARSENKY

LA NOCHE DE CRISTAL

Traducción de Asher Mibushin.

Editado por el
EJECUTIVO SUDAMERICANO
del CONGRESO JUDIO MUNDIAL
Buenos Aires

BIBLIOTECA POPULAR JUDIA
del Congreso Judío Mundial

Dirigida por MARC TURKOW

Colección: HECHOS DE LA HISTORIA JUDIA



Buenos Aires. 1968

© Congreso Judío Mundial

*Queda hecho el depósito que previene
la ley N° 11.723*

Este folleto se terminó de imprimir en el mes de octubre de 1968, en los
Talleres Gráficos JULIO KAUFMAN S.R.L., Av. Corrientes 1976, Buenos Aires.

PRÓLOGO

LA HISTORIA COMPLETA Y COHERENTE de los judíos en Alemania bajo el tercer Reich no ha sido escrita aún. Sólo se ha esbozado la crónica de determinados aspectos de la misma. El presente opúsculo no abarca sino un tema definido dentro de dicho panorama: el golpe decisivo asesinado por el régimen nazi contra la judería alemana en noviembre de 1938. La suma de esos hechos criminales se conoce con el genérico apelativo de **La Noche de Cristal**.

En la noche de marras —del 9 al 10 de noviembre de 1938— tuvo lugar, en la Alemania hitlerista, un gigantesco pogrom, propiciado por las autoridades supremas del Reich. El blanco principal de los ataques lo constituyeron las sinagogas, que en su inmensa mayoría fueron incendiadas por las turbas desenfrenadas. Esa misma noche registróse la detención de millares de varones judíos, que fueron luego conducidos a campos de concentración y allí sometidos a pésimos tratos; centenares de ellos perecieron. Numerosos hogares judíos fueron arrasados, y en algunos casos se perpetraron horribles asesinatos. Las vidrieras de empresas, negocios, depósitos y otros locales de propiedad judía fueron hechos añicos; los vítreos fragmentos cubrieron las calles, particularmente en las grandes ciudades. De ahí el nombre: **La Noche de Cristal**.

Ya a su arribo al poder, acacido el 30 de enero de 1933, los nazis habían comenzado a preparar la sistemática liquidación de la otrora tan orgullosa judería alemana. Por medio de gran número de leyes y decretos, los judíos fueron paulatinamente eliminados de los círculos profesionales y financieros alemanes. El primer llamamiento oficial a la lucha antijudía fue lanzado por los nazis el 1º de abril de 1933, cuando —bajo la dirección del perverso Julius Stréicher— tuvo lugar un boicot contra todos los negocios, oficinas, estudios y fábricas de propiedad judía, bajo el lema: "¡No compréis a los judíos!". Las disposiciones antijudías posteriores fueron adoptadas paulatina y progresivamente, a fin de no escandalizar demasiado a la opinión pública.

El golpe subsiguiente fueron las leyes de Nüremberg, tendientes a aislar a la población judía de la germana. Dichas leyes transformaron a los judíos alemanes en ciudadanos de segundo orden, introduciendo el concepto de *Rassenschande* (afrenta racial) como un crimen "contra la sangre germana" y allanando el camino para la ulterior deportación y aniquilamiento de los judíos. No obstante, transcurrieron unos tres años más hasta que la bestia parda se sintió poseída del necesario vigor como para proceder contra los judíos que aún permanecían en el *Reich*, sin parar mientes en la opinión pública nacional y mundial. En Alemania, convertida en una gran potencia bélica, temida por los restantes países de Europa y embriagada por sus éxitos en materia de política exterior —entre otros la incorporación de Austria a su imperio, hecho que no suscitó mayores protestas en el resto del orbe— cobró auge la cacería de "elementos indeseables" (judíos en su mayoría) y la deportación de "extranjeros no gratos" (entre ellos numerosos judíos polacos que residían en Alemania). Entretanto, el poderío exterior del tercer *Reich* se vio aún más acrecentado cuando, en virtud del pacto de Múnich, extensas regiones de Checoslovaquia cayeron bajo la hegemonía del imperio alemán. Entonces fue que los nazis se sintieron lo suficientemente fuertes como para asestar el golpe aniquilador contra la judería alemana.

Las páginas que siguen constituyen una reseña de los históricos acontecimientos que el autor vivió personalmente en Berlín y de cuyo desarrollo, día tras día y hora tras hora, fue testigo.

I

EL PRELUDIO

EN LA ALEMANIA de mediados del año 1938 se registró una repentina ola de arrestos, que afectó a cierto número de judíos. Sin que mediase razón alguna, la *Gestapo** dedicóse a allanar domicilios en las madrugadas. Tras arrancar de sus lechos a aquellos a quienes buscaba,

* La aclaración de éste y otros términos y siglas puede hallarse en Goldstein, Anatole, *Los Nazis en Acción*. Folleto N° 9 de la presente Colección.

los conducía a determinados puntos de confluencia, y luego los arrojaba a algún campo de concentración.

En un principio no llegaron a conocerse los motivos por los que tales desdichados recibían semejante trato. Ulteriormente, dichas "razones" fueron divulgadas: las gigantescas redadas no constituían sino una acción contra quienes poseían "antecedentes penales". Con repugnante cinismo llegóse a manifestar que esa era la forma en que la sociedad debía defenderse de los "elementos asociales", dando a éstos, al mismo tiempo, la oportunidad de regenerarse. Semejantes procedimientos, violatorios de las normas jurídicas más elementales, indicaban a las claras que las garantías públicas en general —y las de los judíos en particular— habían cesado de existir.

Los arrestos se efectuaban sobre la base de listas previa y cuidadosamente confeccionadas, lo cual permitía que fuesen consumados en muy pocas horas. Como en dichas nóminas sólo figuraban aquellas personas que registraban "antecedentes penales", que ya habían sido juzgadas y condenadas, y que habían cumplido sus penas, resulta obvio que se trataba de casos ya cerrados, que no podían ser ventilados nuevamente ante los tribunales (y menos aún reabiertos por obra de arbitrariedades policiales) sin lesionar la seguridad jurídica general. Ello no obstante, desde hacía tiempo la *Gestapo* se dedicaba a acechar a quienes abandonaban los establecimientos penales una vez cumplidas sus condenas; en seguida procedía a arrestarlos y a conducirlos a los campos de concentración. La justicia germana se abstenía de intervenir en tales casos, así como tampoco se atrevió jamás a elevar su voz ante las ilegalidades perpetradas por el tercer *Reich*.

Según estadísticas oficiales de la época, la proporción de judíos incurso en todo tipo de delito grave hallábase por debajo de la correspondiente a la población judía respecto de la gentil. Incluso en lo relativo a los hechos punibles (por ejemplo, defraudaciones y estafas comerciales) vinculados a ciertos sectores de actividad en los cuales el porcentaje de judíos era superior al que éstos alcanzaban en el seno de la población general, se registraba idéntica tendencia. Es por ello que la *Gestapo*, ante el escaso número de judíos que registraban antecedentes penales, no se conformó. Y, a pesar de que no todas las infracciones a leyes y reglamentos eran computables como "antecedentes penales", comenzó a detener y a someter a su feroz arbitrio a cuanto judío hubiera

incurrido alguna vez en la más ínfima transgresión de las normas vigentes. Así, pues, se procedió al arresto de "criminales" que se habían hecho pasibles de alguna multa por estacionamiento incorrecto de vehículos u otras infracciones de tránsito...

Estos acontecimientos suscitaron agitación y airadas reacciones entre la población judía. A nadie le cupo duda de que se hallaba ante los prolegómenos de acciones policíacas de envergadura aún mayor, que no se harían esperar mucho tiempo. En efecto, los nazis comenzaron repentinamente a detener judíos en los calés, bajo cualquier pretexto y sin motivo alguno, para enviarlos a campos de concentración. Hasta en las calles, en las horas en las que el tránsito se intensificaba, se producían insólitos arrestos. Cuando algún peatón con apariencia de judío, por ejemplo, era sorprendido al atravesar la calzada sin aguardar el cambio de luces correspondiente. Demasiado bien recuerdo yo que una tarde, mientras volvía a mi hogar, noté (a unos 60 u 80 metros de distancia) un gran revuelo, con la participación de buen número de policías. De inmediato salté a un tranvía que pasaba, atravesé el tumulto y descendí en la primera parada. Pude así salvarme de posibles inconvenientes...

Los detenidos por registrar "antecedentes penales" podían ser liberados de los campos de concentración si se obtenía algún permiso de emigración a su nombre, o bien algún documento probatorio de que abandonarían el país a la brevedad. Al menos existía por aquella época tal posibilidad para esos desdichados.

La siguiente etapa no se hizo esperar. Hacia octubre de 1938 se procedió a la repentina detención de todos los judíos (hombres, mujeres y niños) registrados como ciudadanos (o ex ciudadanos) polacos, o como apátridas emigrados de Polonia, que a la sazón residían dentro de los límites del Reich. La policía o la Gestapo allanaba sus domicilios a altas horas de la madrugada, los conducía a sitios de confluencia preestablecidos —de acuerdo al procedimiento ya "ensayado"— y allí los apiñaba en trenes de pasajeros o de carga para transportarlos hasta la frontera germano-polaca y deshacerse de ellos como "extranjeros no gratos". Entre esos judíos "polacos" se contaban muchísimos (quizá más del 80 por ciento) que jamás habían vivido en Polonia, es decir, en el estado polaco, ya que éste fue creado recién después de la primera guerra mundial. Muchos de esos "extranjeros no gratos" habían sido ciudadanos alemanes, privados de esa condición por los nazis. Muchos, incluso, ha-

bían nacido en suelo alemán y habían cursado sus estudios en escuelas, colegios y universidades alemanas; ignoraban el idioma polaco y, en general, jamás habían tenido nada que ver con Polonia.

El acarreo de personas hacia la frontera seguía realizándose en base al sistema ensayado previamente con quienes poseían "antecedentes penales": intempestivos allanamientos domiciliarios, secuestro de personas, ulterior concentración de las mismas, transporte. En Berlín y en algunas otras localidades se autorizaba a los pobres a llevar consigo unos pocos enseres personales, pero en muchos otros casos hasta se les impedía vestirse adecuadamente, aunque era la época invernal. Los judíos reunidos de esa manera eran transportados luego hacia el Este. Fueron estos los primeros de muchos convoyes de igual rumbo; pero aún no tenían por meta los campos de la muerte, sino la más negra incertidumbre.

Los convoyes iniciales fueron aceptados por Polonia, pero tiempo después la frontera se cerró. Los infames esbirros de las SS arrojaban a los indefensos judíos fuera de los trenes, a la oscuridad de la noche, los obligaban a desprenderse de sus patates, y los perseguían con perros y látigos hasta la "tierra de nadie", en donde los desdichados debían aguardar días e incluso semanas hasta tanto las organizaciones judías de Polonia —particularmente de Varsovia— enviaban ayuda material y permisos de residencia temporaria, el grueso de aquella misma gente tan brutalmente deportada caería al año siguiente masacrado por los nazis, en aras de la pretendida "solución final del problema judío". Merced al testimonio de los sobrevivientes poseemos en la actualidad una descripción exacta de lo acontecido, y todo el salvajismo y la crueldad del proceder nazi se halla perfectamente documentado.

Estos hechos, en un principio, no trascendían al público. Los arrestos se consumaban al amparo de la noche. Pero al poco tiempo ya no fue posible disimular lo que acontecía: los negocios no se abrían, los porteros o vecinos se comunicaban —susurrando— la novedad el uno al otro, y finalmente se enteraban las instancias judías centrales. Las entrevistas que al punto se efectuaban no arrojaban ningún resultado concreto, puesto que evidentemente se trataba de una acción preparada con mucha antelación, que se ejecutaba según un mismo modelo a lo largo y a lo ancho del Reich. Las autoridades locales sólo eran órganos ejecutivos que recibían instrucciones de las máximas instancias centrales. Era imposible intervenir en favor de las víctimas. El Dr. Paul Eppstein

una de las figuras centrales de la representación nacional judía; hombre de gran talento, quien más tarde fue "comandante judío" en Theresienstadt y como tal muy discutido; finalmente cayó asesinado por los nazis— expresó en cierta oportunidad: "¡Nosotros seremos los próximos...!". En vista de la imposibilidad de hacer nada en favor de los deportados judíos "polacos", reinaba un ambiente de desolación.

En la noche del 27 de octubre de 1938 recibí en mi domicilio un llamado telefónico procedente de una localidad cercana a la frontera con Polonia. Era un joven y muy conspicuo miembro de la organización *Macabi Hatzair*, quien me dijo más o menos lo siguiente: "Estoy aquí en un convoy, rumbo a Polonia. Allí no nos dejan entrar. Regresamos. Mañana, entre las 7 y las 9, estaremos en Berlín, de paso hacia Frankfurt... Esperáranos en la estación de la Friedrichstrasse. ¡Espéranos!". No hubo tiempo para preguntas. "No puedo hablar más tiempo. Esperáranos en la estación...". ¿Qué hacer? Era de noche; quizá las 10 ó las 11. Podía viajar a la estación, no era ése el problema, sino que se trataba de prestar ayuda a muchas personas. Pero, ¿a cuántas? Me comuniqué con la *hajschará* (= granja experimental) Arensdorf, situada a sólo una hora de Berlín, en tren. Había allí un grupo de jóvenes que se entrenaba en tareas agrícolas bajo la dirección de Hans Winter, quien está en condiciones de confirmar este relato, por insólito que el mismo parezca. El mismo Winter fue quien atendió mi llamada, "Ven mañana a las seis, con diez de los mejores y más fuertes muchachos", le dije. Sólo contestó: "Bien; iremos".

A la hora convenida apareció Winter con dos o tres de sus muchachos; los restantes habían quedado en otro sitio, a fin de que la visita no llamase la atención. Le informé respecto de la conversación de la víspera, de los "transportes a Polonia", de la situación imperante. Previamente me había comunicado también con el Dr. Hans Friedenthal, a la sazón presidente de Macabi, una personalidad descollante en aquellos aciagos tiempos. Él también acudió a la estación; estaba totalmente deprimido. Probablemente sabía mejor que nosotros lo que estaba ocurriendo y lo que nos esperaba a quienes actuábamos con una juvenil despreocupación, a veces rayana en la temeridad.

Una vez en la estación, los muchachos se ubicaron "estratégicamente". ¿En qué vagones vendrían los judíos deportados? Indagamos sobre el particular entre los empleados del ferrocarril, quienes declararon

no saber nada. Obviamente ello no era cierto, pero la actitud de aquellos hombres hacia nosotros no resultó inamistosa. Se hallaban intimidados y evitaban dar informaciones; era evidente que tenían órdenes precisas al respecto. Uno de esos empleados fue luego protagonista de un gesto destacable.

El momento tan esperado llegó por fin. Un largo tren hizo su entrada en la estación. Supimos de inmediato cuáles eran los vagones que ocupaban los desdichados en auxilio de quienes habíamos concurrido. Eran en su mayoría gente quebrantada por un sufrimiento del que daban fe sus rostros. Hombres y mujeres viejos, o que habían envejecido de la noche a la mañana, y niños. Llorosos, aterrorizados, torturados por el hambre. Ese día era domingo, y ya antes de que el tren llegara habíamos procurado conseguir cuanto comestible podía conseguirse un día domingo por la mañana en una estación berlinesa y en sus alrededores. Pero todo cuanto habíamos reunido no era suficiente ni mucho menos. Pocos minutos bastaron para que las provisiones se agotaran. Por mi parte, me ocupé de dar las instrucciones pertinentes: había que sacar todo el equipaje de los vagones. El tren sólo se había detenido por unos minutos; luego proseguiría su marcha rumbo al Oeste. Lo que no alcanzásemos a rescatar de las pertenencias de los desventurados viajeros se perdería.

Entretanto yo había llamado a la compañía berlinesa de autobuses, solicitando el envío inmediato de diez vehículos vacíos a la estación. El empleado que atendió la llamada debió de haber creído que se trataba de alguna broma, o que su interlocutor no estaba en sus cabales. Sin entrar en los detalles de esa conversación, deseo relatar el resultado. Al cabo de sólo treinta minutos, siete autobuses grandes se detenían junto a la estación. Les había comunicado que se trataba del transporte de unos judíos de una estación berlinesa a otra. El hombre al teléfono había preguntado con quién hablaba. "Con Hardi", le respondí. "No lo conozco", fue su réplica. "Ya me conocerás; trae nomás tus autobuses". Y así ocurrió. En ese entonces esto era aún posible, teniendo coraje civil.

Era obvio que los diez o doce ayudantes de los cuales disponíamos no alcanzaban para cargar los bagajes y, además, para dar una mano a los viejos y a los débiles. Yo, por mi parte, no sólo era joven y me sentía fuerte; mis exitosas gestiones ante el personal del ferrocarril

y de la compañía de autobuses me habían vuelto osado. Me dirigí entonces a los empleados de la estación —a todos ellos, no sólo a los mozos de cordel— y los invité a colaborar en la tarea. Primero a desgano, luego mejor dispuestos, lo cierto es que casi todos prestaron su ayuda; inclusive los conductores de los autobuses. Aún quedaba gente de bien, resuelta a seguir los dictados de su conciencia antes que los del partido nazi. Uno de los empleados de la estación tomó su vianda del día y, disimuladamente, se la entregó a uno de los famélicos judíos a los que estábamos rescatando. Este gesto, sencillo pero profundamente humanitario, caracteriza mejor que cualquier extensa disquisición la actitud de la mayoría de un pueblo que se había olvidado a sí mismo.

II

EL ATENTADO

LOS DÍAS SE ESCURRIÁN viscosa, lentamente. Nadie sabía lo que iba a ocurrir, y cada cual presentía una calamidad. Reinaba un silencio inquietante, como sucede en los momentos previos a las tormentas. La bestia feroz aguardaba el instante propicio para descargar el golpe aniquilador contra sus víctimas. Un acontecimiento totalmente inesperado brindaría a los nazis el anhelado pretexto para consumar el horrendo crimen —la completa destrucción de la judería alemana— que con tanta anticipación habían planeado.

En la mañana del 7 de noviembre de 1938 se supo que un joven judío —Herszl Grynszpan— había disparado en la embajada alemana en París contra un funcionario de la misma, hiriéndolo de suma gravedad. Los detalles del hecho no fueron difundidos de inmediato; pero todos sabían que eso significaba o podía llegar a significar el derrumbe, la aniquilación, la muerte para los judíos del Reich. Con toda seguridad, ése constituiría el motivo aparente tan ansiosamente aguardado por los nazis en las últimas semanas.

Desde un primer momento se tuvo la convicción de que los judíos, en bloque, serían señalados como los culpables del atentado cometido por un individuo, por un joven judío desconocido, y que deberían expiar tal "culpa".

El propósito de Grynszpan era (se dijo) llamar, con sus disparos

contra el diplomático alemán, la atención de un mundo indiferente hacia la desventura y los atroces sufrimientos de los judíos en Alemania. Él mismo había emigrado a Francia; sus padres habían sido deportados a Polonia (de donde eran oriundos). La misma mañana del hecho, el joven (que tenía 17 años de edad) compró el arma asesina en una armería de París; pidió luego una audiencia con el embajador alemán, Johannes von Welczek, en la representación diplomática del Reich. Grynszpan fue conducido ante el tercer consejero de legación, un joven funcionario llamado Ernst von Rath. Sin mediar palabra alguna, desenfundó el arma y le descerrajó un tiro. El consejero fue conducido al hospital. Su estado era muy grave. Grynszpan fue detenido y entregado en el acto a la policía francesa, pero no fue juzgado. Permaneció un tiempo arrestado y luego cayó en manos de los nazis. Goebbels quiso fabricar un juicio sensacional a expensas del joven, pero tal intento no prosperó. Grynszpan fue muerto sin proceso previo.

Con motivo del atentado, el periódico parisense *L'Humanité*, de tendencia comunista, insinuó la posibilidad de que Grynszpan había sido el instrumento de un agente provocador nazi. No existen pruebas que avalen tal hipótesis.

No bien conocidos los hechos, la radio y la prensa nazis iniciaron una vastísima e intensa campaña de agitación antijudía. Los judíos hubieron de cargar con la culpa derivada de la acción de un solo individuo. La bala disparada por Grynszpan, vociferaban los nazis, no sólo llevaba la intención de abatir a un hombre, sino a la Alemania Nacional-Socialista toda. Afirmación que no se hallaba, por otra parte, muy alejada de la verdad. Sólo faltaba agregar que el atentado había sido la obra de un único individuo, que procedió bajo su exclusiva responsabilidad y no en nombre o a instancias de la "judería universal".

Por cierto que ningún judío responsable habría aconsejado o alentado a Grynszpan a proceder de esa manera, puesto que resultaba claro que lo único que habría de conseguirse era brindar a los jefes nazis la ocasión de adoptar violentas medidas de represalia. El *Völkischer Beobachter*, órgano oficial del Partido, escribía ya el 8 de octubre: "No cabe ninguna duda de que este crimen alevoso constituye una demostración de aquellos círculos que ahora, tras la pérdida de sus escondrijos de Viena y Praga, deben defender la capital francesa como a su último bastión". Goebbels trazó de inmediato el paralelo con el caso

Gustloff, un líder nazi muerto a balazos en 1936, en Suiza, por un joven estudiante judío, David Fränkfurter. "Tal como entonces —asevera Goebbels— los judíos, en las sombras, eligieron a un joven como asesino, para enmascarar la responsabilidad. El interrogatorio de ambos jovenzuelos judíos muestra una exacta coincidencia...".

Y quienes hasta ese momento no caían en la cuenta de lo que les aguardaba a los judíos alemanes, pudieron llegar a comprenderlo a través de las páginas del *Völkischer Beobachter* del 8 de noviembre de 1938, que en uno de sus artículos* manifiesta:

"Claro está que el pueblo alemán extraerá sus conclusiones de este hecho. Resulta intolerable que, dentro de nuestras fronteras, centenares de miles de judíos ocupen todavía calles enteras con sus locales de comercio, concurren a lugares de esparcimiento y embolsen, como «propietarios extranjeros», el dinero de los inquilinos germanos, mientras sus hermanos de raza que viven en el exterior incitan a la guerra contra Alemania y tirotean a funcionarios alemanes... Podemos comprobar que también en esta ocasión la prensa judaica mundial procura limpiar de culpa al asesino, glorificándolo, y poner en tela de juicio a la víctima".

"Confeccionaremos la nómina de aquellos que adhieran a este crimen cobarde y alevoso, y tampoco olvidaremos los nombres de quienes, en la semana crítica de setiembre, pretendieron incitar al pueblo francés a la guerra contra Alemania. Son las mismas fuerzas de El Cairo y de Davos; son judíos y no franceses. Los disparos efectuados en la embajada alemana en París no han de significar tan sólo el comienzo de una nueva actitud germana respecto de la cuestión judía, sino asimismo —esperamos— una advertencia para aquellos extranjeros que hasta ahora no se han dado cuenta de que, al fin de cuentas, el único estorbo para el entendimiento entre los pueblos es el judío internacional".

Estos artículos y discursos sirvieron para azuzar los sentimientos antijudíos de la población. Pero von Rath aún no había fallecido, y la orden para comenzar el pogrom todavía no había sido impartida. Sin embargo, en varios lugares de Alemania se produjeron desmanes, que pueden considerarse como el prelude de lo que ocurriría luego. Detalles exactos sobre estos acontecimientos —que se desarrollaron en pequeñas localidades de Hessen y Magdeburg-Anhalt— fueron recabados en pro-

* Citado por Granl. Hermann, *Der 9. November Reichskristallnacht*, Bonn, 1957, páginas 17 y 18.

cesos posteriores. La técnica del procedimiento, aunque todavía no existían instrucciones emanadas de las esferas superiores, fue siempre la misma. Así, el *Gruppenleiter* (jefe de grupo) local del partido nazi de un pequeño villorrio vecino a Hanau, donde también era intendente, escuchó por radio el discurso de Goebbels y leyó las noticias en los diarios. Azuzado por todo ello reunió a su gente, pronunció una arenga respecto de lo ocurrido en París y exaltó los ánimos contra los judíos. Luego dio orden de destruir la escuela judía local y de propinar una golpiza al maestro de la misma. Cuando constató lo que había provocado, llamó a su instancia superior. Cuando se hicieron presentes sus superiores de las localidades vecinas, el *Gruppenleiter* les aseguró que él estaba ya acostado cuando se produjo el incidente. Los visitantes ratificaron lo actuado por el líder local, pero ordenaron suspender las acciones y las medidas correspondientes, puesto que en el ínterin había llegado una orden del *Gauléiter* (jefe de zona) prohibiendo todas las intenciones individuales. En los procesos que fueron incoados contra los responsables de tantos crímenes, tras el derrumbe del tercer Reich, éstos se defendieron alegando que dichos pogromes habían ocurrido "espontáneamente". Lo cual no es cierto; aunque la población, no organizada en las filas del Partido, tomó parte activa en esos desmanes.

Incluso en la mañana del 9 de noviembre se registraron acciones aisladas, causadas por las autoridades locales o por sujetos desconocidos. Esencialmente sólo fueron afectadas por las mismas las comunidades más pequeñas del país. Solamente en Marburgo el líder del *Standarte-sturmabteilung* (Regimiento de SA) "Cazador II" recibió, de parte de dos miembros de las SD llegados desde Kassel, la orden de incendiar la sinagoga. El destinatario de la orden rehusó cumplirla, alegando que no se hallaba sujeto a la jurisdicción del *Sicherheitsdienst* (SD).

La situación interna y externa de Alemania había mejorado notablemente en las últimas semanas. La amenaza de una guerra inminente había sido refrenada. Hitler surgía nuevamente como dominador de las tensiones internacionales. En ese entonces ni siquiera el pueblo germano deseaba la guerra. El *Führer* iba asumiendo el papel del hombre salvaje, resuelto a todo, listo para atacar en caso de que no se cumplieren sus condiciones. Con semejante táctica había logrado llevar a la mesa de conferencias, por mediación de Mussolini, a ingleses y franceses, obligando a Chamberlain y a Daladier a ceder en la cuestión de los Sudetes.

De todos modos éstos habían caído, sin mediar disparo alguno, en las garras del tercer Reich. Ello aumentó aún más la prepotencia y arrogancia de los dirigentes nazis. Se sentían lo suficientemente fuertes como para adoptar, también en el interior del país, cuanta medida les viniera en gana, por encima de toda resistencia.

Los nazis se vieron favorecidos psicológicamente, inclusive, por otra circunstancia, que facilitaría de manera notable la realización del inminente pogrom. En la tarde del 9 de noviembre se conmemoró, en todo el Reich, el 15º aniversario del malogrado *putsch* (asonada) de Munich, organizado en 1923 por Hitler y Lúdendorff. En base a su traspié de aquel entonces —y tal como era típico del proceder de la bestia parda—, los nazis fabrican el comienzo del “surgimiento nacional”, a pesar de que Hitler, tras aquella intentona, había sido arrestado y recluido en una fortaleza. Cada aniversario del *putsch* era festejado, con muchos discursos y aún más cerveza, en todo el país, pero especialmente en el “Hofbrauhaus” de Múnich, escenario del primer intento de *putsch*. Allí se reunían todos, los “viejos” y los nuevos luchadores, las luminarias del Partido y de las SA (éstos, dicho sea de paso, habían perdido su posición dominante tras el tristemente célebre *putsch* de Roehm), de las SS y de las restantes formaciones de la NSDAP*, que se habían infiltrado por completo en el aparato estatal. Por una maliciosa casualidad, todos los nazis activos estaban reunidos a la misma hora en todo el territorio del Reich, para recordar los comienzos y festejar el triunfo. La meta —conquistar Alemania— había sido alcanzada, pero además Austria había sido anexada y los Sudetes “liberados”. Se respiraba una atmósfera triunfal aquella noche del 9 de noviembre de 1938, cuando los máximos jefes del tercer Reich se encontraron en el viejo salón del Consejo Deliberante de la “capital del movimiento” para hacer los honores a una comida de camaradería. También el Führer había asistido al ágape.

III POGROM

SE HALLABAN CENANDO, cuando a eso de las nueve de la noche apareció un mensajero que le traía a Hitler la noticia de que el consejero

* Siglas de la denominación oficial del partido nazi en Alemania.

von Rath había muerto. El Führer se dirigió entonces a Goebbels (que se encontraba sentado a su lado) en voz tan baja que ni siquiera los camaradas del Partido que estaban junto a ambos pudieron escuchar de qué se trataba. Acto seguido, Hitler abandonó el salón sin pronunciar el discurso habitual en tales veladas conmemorativas. Lo que ocurrió luego ha llegado a nosotros a través de lo que narra Hermann Graml (*op. cit.*, pág. 24). Alrededor de las diez —esto es, poco después de que Hitler abandonara el salón—, Goebbels se puso de pie. Informó respecto de la muerte de von Rath y profirió una brutal diatriba antisemita. Como de paso, mencionó que en Kurhessen y en Mágdeburg-Anhalt se habían registrado ya “espontáneas” acciones populares de represalia, y que era factible que tales hechos se repitieran por doquier. Si bien el Partido no debía intervenir en la organización de acciones semejantes, tampoco cabía coartarlas allí donde se produjeran. Según relatan testigos que se hallaban presentes en aquella reunión, “Goebbels describió lo acontecido en términos tan clogiosos, formuló las correspondientes instrucciones con tanta habilidad y predispuso tan maliciosamente los ánimos en contra de los judíos”, que todos los asistentes comprendieron lo que de ellos se aguardaba. La hora de la venganza, según Goebbels, había sonado. En un informe posterior dirigido a Goering se lee: “Las instrucciones verbalmente impartidas por el Ministro de Propaganda del Reich fueron interpretadas por todos los dirigentes partidarios que se hallaban presentes en el sentido de que el Partido no debe aparecer como causante de las demostraciones, pero que, en realidad, debe organizarlas y ponerlas en marcha”.

Disponemos de suficiente información respecto de las instrucciones y de su ejecución merced a la documentación que aún se conserva y que, después de la guerra, fuera a parar a manos de los aliados. Sabemos, por ejemplo, que los cabecillas nazis presentes en la reunión citada impartieron a sus subordinados las órdenes correspondientes apenas hubo concluido Goebbels su perorata, y es asimismo claro que los planes de las persecuciones, según se desprende de la ordenada secuencia de las mismas, habían sido confeccionados con antelación. Hubo, al respecto, ulteriores controversias entre los dirigentes máximos del Partido, particularmente entre Goebbels y Himmler. Este último escribió aquella misma noche: “...sospecho que Goebbels inició estas acciones movido por su afán de poderío —el cual me llama la atención desde hace un

tiempo— y por su falta de seso, justo ahora, en el momento político internacional menos apropiado”. Sería empero erróneo inferir de estas palabras que Himmler se oponía a este tipo de operaciones. En realidad se oponía a Goebbels, quien le había arrebatado la dirección de ese pogrom.

La actitud asumida por los diversos jefes nazis no pudo ser plenamente determinada *a posteriori*. Puesto que Goebbels no impartió ningún tipo de orden o instrucción concreta y directa, algunos de aquéllos trataron de eludir la responsabilidad última de los hechos que habrían de sucederse y otorgaron carta blanca a sus subordinados, los comandantes locales, para la interpretación de las palabras del Ministro de Propaganda. De modo que, hasta el presente, no ha llegado a dilucidarse si Viktor Lutze —a la sazón jefe de estado mayor de los SA y heredero de Röhm— se limitó a disponer medidas de índole general o si impartió instrucciones terminantes y minuciosas, o bien si (tal cual sostienen algunos) prohibió en forma explícita la participación de los SA en las acciones. Semejantes controversias, empero, no arrojan ninguna luz adicional sobre el curso de los acontecimientos. Los órganos ejecutivos del Partido actuaron en las diversas localidades según instrucciones y órdenes precisas, transmitidas por sus superiores.

Puede darse por cierto que, en un principio, las SS se hallaban al margen de las graves decisiones y que, por ejemplo, no se hallaban al tanto de la orden de iniciar los pogromes. Ello es históricamente demostrable: ni Himmler ni Hédrich —su lugarteniente— habían escuchado la diatriba de Goebbels. Cuando Hédrich informó a Himmler respecto de las novedades, éste se puso en contacto con Hitler y, a continuación, emitió la siguiente orden: “Los cuadros dirigentes de la Policía del Estado deben ajustarse a las disposiciones del Ministerio de Propaganda”. La aseveración escrita de Himmler en el sentido de que Hitler nada sabía de los términos de la diatriba de Goebbels es falsa. La oposición de Himmler al discurso de Goebbels era de carácter meramente táctico. Es innegable el hecho de que todas las instancias nazis tuvieron activa participación en los cruentos desmanes.

En todo el territorio del Reich se verificó la adopción de una serie de medidas sumamente llamativas por su sistematización. A la una y veinte de la madrugada del día 10 de noviembre de 1938 cursóse un mensaje urgente —cuyo texto se conserva— a todas las instancias de la

Policía del Estado y de las SD, con la orden de “conferenciar (conjuntamente con los líderes del Partido y de las SS) en relación al cumplimiento de las demostraciones”. En dicho mensaje se manifestaba en forma explícita que sólo podían arbitrarse medidas “que no acarreen peligro para las vidas y la propiedad alemanas, como ser el incendio de sinagogas, sólo cuando no haya riesgo para las adyacencias”. Los negocios judíos eran pasibles de ser “destruidos”, pero no saqueados. Las manifestaciones no debían ser impedidas u obstaculizadas por la policía. Era preciso arrestar a tantos judíos (especialmente aquellos que se encontraban en buena posición económica) como cupieran en las prisiones; y debía establecerse inmediato contacto con los campos de concentración de las respectivas jurisdicciones, a fin de disponer —con la mayor celeridad posible— el envío de los detenidos rumbo a ellos. Tal el contenido del mensaje de marras.

Las disposiciones eran claras y concordaban con el plan preestablecido. Un día después del pogrom (que se desarrolló durante la noche del 9 al 10 de noviembre y todo el día siguiente), Hédrich elevó a Goering el siguiente informe: “Aún no es posible documentar numéricamente el volumen de la destrucción de viviendas y negocios judíos... (las cifras de) 815 negocios judíos destruidos... 171 viviendas incendiadas y destruidas, dan, en la medida en que no se trata de incendios provocados, solamente una noción parcial de lo acaecido... En lo que respecta solamente a las sinagogas, 191 de ellas fueron incendiadas, otras 76 totalmente arrasadas...; fueron detenidos unos 20.000 judíos. Se han registrado casos fatales en número de 36; heridos graves, también 36...; tanto los que fueron muertos como los heridos son judíos...”

Las mencionadas cifras no eran exactas. Días más tarde, el propio Hédrich las rectificó en un nuevo informe en el cual hacía referencia a 7.500 negocios judíos destruidos. También habían sido destruidas más sinagogas: una sola brigada de los SA —la N^o 50, que operaba en Darmstadt— informó el día 11 de noviembre haber incendiado, arrasado o volado 37 sinagogas. Solamente el valor de los cristales rotos en aquella oportunidad ascendió a diez millones de marcos, y la reposición del vidrio demandó la producción de la industria vidriera belga durante un lapso de seis meses. El valor de lo robado en una sola joyería judía, en Berlín, alcanzó a 1.700.000 marcos.

Resulta difícil describir las escenas de terror y pánico que se re-

gistraron. Especialmente en las localidades menores, en el interior, el "trabajo" fue consumado en forma "integral". Los SA (cuyos miembros vestían de civil), las turbas y los truhanes, se reunían, incendiaban sinagogas, hacían trizas el interior de las mismas y profanaban de la manera más grosera lo que para otros era sagrado; arrasaban y saqueaban negocios; hacían añicos los cristales; penetraban en las viviendas y destruían y robaban. Nada los detenía. También en Berlín se sucedían los hechos de este tipo. En muchos casos, los judíos sufrieron los peores tratos, e incluso hubo secuestros de mujeres. Las maléficas fuerzas del submundo se habían desatado con furia inusitada; pero de manera alguna hallábanse encarnadas tan sólo por el inculdo populacho, borracho de odio.

El tremendo golpe no fue, empero, descargado contra los judíos tan sólo en su calidad de individuos, sino que tenía asimismo como destinatarias a las instituciones de la comunidad judía. Todas las oficinas y asociaciones comunitarias, tanto centrales como regionales, fueron atacadas y en su mayoría destruidas o clausuradas. La vida judía —y con ella toda posibilidad de una ayuda, o aun de una resistencia organizada— quedó anulada. Los judíos que residían en las pequeñas localidades del interior quedaron totalmente aislados e indefensos. En su gran mayoría eran personas de edad que no podían emigrar. Entre ellos había muchos enfermos, contra quienes el vandálico populacho procedió tan despiadadamente como contra los demás. La ola de arrestos generó una incertidumbre tal que la vida se hacía insoportable. Nadie sabía qué le traería el mañana.

Mientras las sinagogas ardían, el fuego no podía ser apagado. La actividad de los bomberos se limitaba a impedir que las llamas se propagasen a otros edificios. Entre tanto, las mujeres judías, sentadas sobre las ruinas de sus viviendas arrasadas, sufrían por la ignorada suerte corrida por sus hombres. No se les proporcionaba ningún informe al respecto, al menos durante los primeros días subsiguientes al pogrom. En la noche del 10 de noviembre, Goebbels informaba por la radio:

"La justificada y comprensible indignación del pueblo alemán ante el cobarde y alevoso asesinato de un diplomático germano en París se ha hecho sentir ampliamente anoche. En numerosas ciudades y aldeas del Reich se llevaron a cabo acciones de represalia contra edificios y negocios judíos. Ahora urgimos formalmente al pueblo a que se abstenga de rea-

lizar nuevas demostraciones y de emprender acciones contra los judíos... La réplica definitiva al atentado de París habrá de producirse por vía legal o administrativa contra la judería".

Horas más tarde, el mismo Ministro de Propaganda expresó por igual conducto:

"El pueblo alemán ha acatado voluntariosa y disciplinadamente la orden gubernamental. Las demostraciones y acciones han cesado en cuestión de horas".

Ello, empero, no era totalmente cierto, por cuanto se siguieron registrando aislados desmanes antijudíos incluso hasta el día 13 de noviembre. Todavía alcanzaron a ser incendiadas algunas sinagogas más, que en un primer momento habían sido olvidadas por la innoble turba y por quienes la dirigían...

IV

MIS VIVENCIAS

EL 9 DE NOVIEMBRE fue un día tenso. Todos se hallaban preocupados por lo que estaba por acaecer. La cotidiana labor de las oficinas de la representación judía del Reich y de la Federación Sionista de Alemania se verificó al ritmo habitual. Se vivía bajo la consigna de "seguir trabajando como si nada ocurriese". Ese lema había dominado nuestras vidas y nuestra tarea en el transcurso de los últimos años; años cargados de desilusiones y frustraciones, y asimismo de la indeclinable esperanza en un cambio radical de la situación de los judíos en Alemania y, por ende, en la Europa toda. La desolación emergente de la cruda realidad se veía suavizada por las doradas expectativas. Apenas llegaron a Berlín las primeras noticias de los excesos antijudíos registrados en pequeñas localidades del interior del Reich, a nadie le cupo duda alguna de que la ola de terror pronto alcanzaría, irrefrenable, también a las grandes comunidades. No se sabía a ciencia cierta cuándo ocurriría. Tampoco se hablaba de pogromes; nadie quería aceptar que Alemania podía llegar a ser escenario de un pogrom, pese a los cinco años de gobierno nazi.

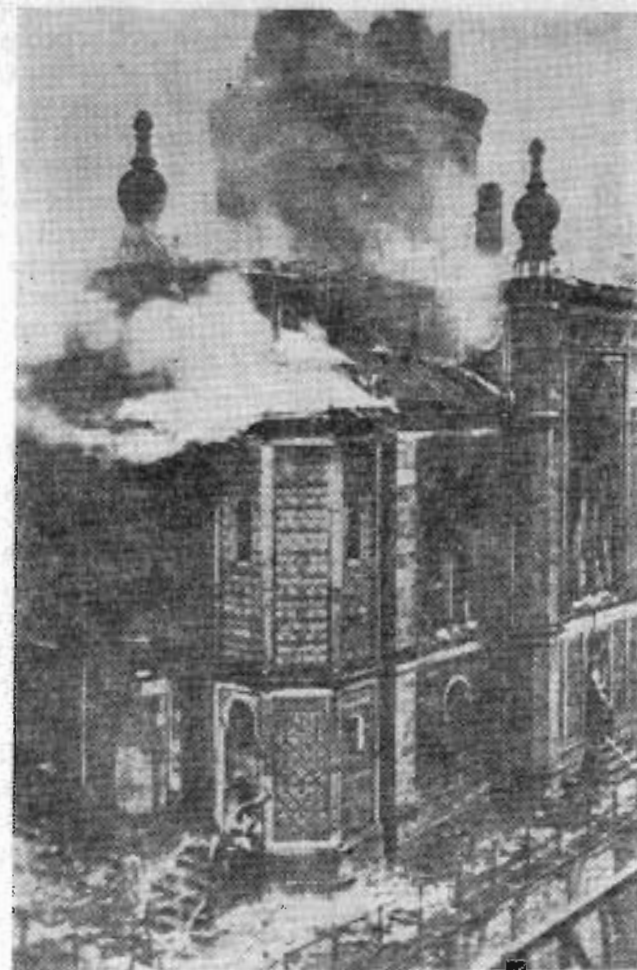
En el transcurso de la jornada se celebraron innumerables reuniones y sesiones de todo tipo, organizadas por gran cantidad de entidades

judías. El tema central de las deliberaciones lo constituía la emigración y la necesidad de incrementarla. Las posibilidades de abandonar el país habían ido disminuyendo paulatinamente: la obtención de certificados para viajar a Palestina se había hecho más y más difícil; las correspondientes listas de orden ya eran extensísimas y crecían día a día, mientras que la disponibilidad de los certificados disminuía en la misma proporción; las *hajscharot* —no sólo las de Alemania, sino también las de otros países, tales como la vecina Dinamarca y Yugoslavia— estaban repletas, y las solicitudes de admisión a las mismas se multiplicaban de manera incesante. Resulta de interés mencionar aquí que incluso Mussolini, aliado de Hitler, dispuso el establecimiento de *hajscharot* en diversos puntos del territorio italiano, brindando así a muchos judíos la posibilidad de salvarse. Entretanto, la organización de una *aliá* “negra” (inmigración “ilegal”) a Palestina iba progresando, y las tareas pertinentes eran apoyadas con discreción por los propios alemanes. Inglaterra, por su parte, jamás tuvo en cuenta —en su carácter de potencia mandataria en territorio palestino— la apremiante situación de los judíos de Alemania, y hasta tornó luego aún más desfavorable su actitud, en forma absolutamente imprevisible.

En la noche del 9 de noviembre asistí a varias reuniones. Al concluir las mismas —poco antes de medianoche— me dirigí a la casa de un viejo amigo, no judío, en procura de noticias. No las había aún. Estábamos enterados de la muerte de von Rath y presentíamos que ésta traería aparejada alguna acción de represalia por parte de los nazis, pero no poseíamos ninguna información concreta. A eso de la una regresé a mi hogar, distante un corto trecho. Las calles se hallaban desiertas. No observé nada sospechoso.

Por la mañana fui bruscamente despertado. Nuestra mucama, una mujer de unos 60 años*, informó: “¡Arden las sinagogas!”. Pocos minutos más tarde me hallaba yo en la calle, rumbo a la oficina de la representación judía. No observé, nada que me llamara particularmente la atención; todavía no había gran movimiento en las calles. Los transeúntes marchaban presurosos hacia el trabajo.

* De acuerdo al inciso 3º de la ley para la protección de la sangre y el honor arios, les estaba prohibido a los judíos emplear personal doméstico de sexo femenino de menos de 45 años de edad.



Una sinagoga en llamas.

Llegué a las oficinas a eso de las 9. La puerta principal se hallaba cerrada con candado. La trasera, igualmente clausurada, hallábase atravesada por bandas impresas en las que se leía: "Clausurado por la *Geheime Staatspolizei (Gestapo)*". Me encontraba solo, y en un primer momento no supe qué hacer. ¿Romper las bandas —aseguradas con un sello— y entrar? ¿Retornar a casa? Por fin me decidí y rompí el sello. La puerta estaba cerrada. Arrojé el sello por las escaleras y me marché. Tras caminar unos pocos minutos me acerqué a la sinagoga más hermosa de Berlín, la de la Fasänenstrasse. No había cordones policiales. Del interior de la sinagoga escapaban densas columnas de humo. Había bomberos que contemplaban la escena en actitud pasiva. Me llamó la atención la escasez de espectadores. Pregunté a uno de los bomberos por qué no intentaban siquiera apagar el incendio. El interpelado, amable pero nerviosamente, me respondió: "Cumplimos órdenes. Váyase usted de aquí, antes de que sea demasiado tarde...". "Pero, ¿a dónde puedo ir, si las sinagogas arden?", le dije. El bombero insistió: "¡Váyase; hágame caso!". Crucé la calzada, entré en una casa y me ubiqué tras la puerta de vidrio, para observar los acontecimientos. Las nubes de humo se hacían cada vez más espesas. De pronto se desplomaron las vigas. Resolví marcharme, y lo hice justo a tiempo: en ese instante la policía se disponía a bloquear la calle. Un único pensamiento bullía en mi mente: "Debo irme; lejos de aquí. La vida se ha transformado en un infierno...". Pensaba en mi esposa, en mi hijita, en todos los niños judíos. ¿Qué podía hacer para salvar a todos ellos?

Me aventuré por la Meineckestrasse rumbo a la que fuera, durante muchos años, la sede de la Federación Sionista de Alemania. El primer cuerpo del edificio (los detalles arquitectónicos de éste eran los típicos de las construcciones de la zona oeste de Berlín) hallábase destinado a vivienda de particulares; el segundo cuerpo, interno, estaba ocupado íntegramente por las oficinas de la Federación. Me llegué hasta allí y atravesé el jardín por el sendero habitual. Pero no pude entrar al espacioso patio: las hordas de SA (los "camisas pardas") habían arrojado de todos los pisos los muebles y las máquinas de escribir, y en el suelo se amontonaban los escombros. Trozos de madera, de vidrio, de metal... Los depredadores ya se habían retirado, una vez consumada su infamante tarea; no había ningún policía a la vista, y era yo el único espectador de tamaña desolación, en medio de un silencio sepulcral. Ante mí se

hallaban los restos de lo que, hasta la víspera, había constituido el escenario de una intensa vida judía. Proseguí mi camino...

Pude regresar a mi departamento sin inconvenientes. Allí los llamados telefónicos se habían sucedido en forma ininterrumpida. Todos deseaban tener noticias de los acontecimientos, o escuchar alguna palabra de consuelo. Luego comenzaron a llegar los primeros informes sobre las detenciones: "Han arrestado a mi esposo...". "Se han llevado a mi padre...". "Detuvieron a nuestro amigo...". En el lapso de una hora hubo unos veinte llamados de este tipo. Habían comenzado a arribar colaboradores y amigos al departamento, y celebramos una pequeña reunión. Hubimos de reconocer que nos hallábamos en un callejón sin salida, y que no era el momento más adecuado para realizar conferencias y sesiones. Aconsejé a cada cual buscar refugio en Berlín y no intentar siquiera marcharse a ningún otro lugar. Berlín era todavía el sitio más seguro. Las estaciones ferroviarias y, en general, los medios de transporte se hallaban seguramente vigilados. No cabía duda de que se trataba de una ola general de arrestos; nuestra certeza al respecto hallábase fundada en la experiencia de las dos acciones anteriores. Lo cierto es que quienes permanecieron en Berlín se salvaron, mientras que los que intentaron huir fueron aprehendidos.

Por mi parte, decidí —a instancias de mi esposa— refugiarme en algún sitio que no fuera mi propio domicilio, a fin de evitar ser sorprendido y arrestado en éste; ya había antecedentes de detenciones de tal tipo. Me dirigí entonces a casa de un amigo, que vivía en un centro vital de Berlín, en la esquina de Kurfürstendamm y la calle Uhland. Había sido cónsul o vicecónsul británico en Colonia; australiano de origen, se había casado con una alemana al cabo de la primera guerra mundial, y se había radicado en Alemania. Indignado por los procedimientos y los métodos de los nazis, me ofreció de inmediato la posibilidad de permanecer con ellos, pues allí estaría yo seguro. Le agradecí y le rogué recibir también a mi padre y a mi suegro; ambos eran personas de edad. Mi amigo, naturalmente, accedió e informó de ello a su mujer. A la noche, cuando arribamos a su casa, encontramos en ella también a su secretario judío. Allí pasamos tres noches; cuando nos disponíamos a pasar la cuarta, se nos informó que ya no podíamos quedarnos por más tiempo. El portero de la casa ya había estado allí tres veces, quejándose porque la *Gestapo* lo acusaría de esconder a judíos. Entretanto habíamos

caído en la cuenta de que sólo los hombres eran arrestados; de ahí que las casas en las que sólo habitaban mujeres y niños ofrecían un refugio seguro.

El 10 de noviembre, tras la primera visita a mi amigo australiano, retorné a casa. Era mediodía. Las calles estaban ahora sembradas de fragmentos de vidrio. Todas las vidrieras de los negocios judíos habían sido destrozadas, y en ciertos casos registrábase saqueos. Las hordas de "camisas pardas", empero, no irrumpían en los domicilios particulares, o bien lo hacían en forma aislada.

Ya en horas de la tarde inicié —al menos dentro de los límites que me había señalado— una operación de rescate. Al principio eran sólo las esposas de amigos y conocidos que venían a nuestra casa, pero ya al día siguiente habíamos reunido tres o cuatro máquinas de escribir en el departamentito. Con ellas se llenaban formularios o solicitudes dirigidas a la policía, a los consulados y a otras instancias. Rápidamente se difundió el rumor de que estábamos tratando de asistir a los indefensos, de modo que cada vez acudía más gente a mi domicilio. Por lo general eran mujeres.

Las acciones, entretanto, habían cesado, de acuerdo a las órdenes impartidas. Pero la ola de detenciones prosiguió durante unos cuantos días más. Los camiones cargados de prisioneros seguían circulando entre el departamento central de la policía berlinesa y el cercano campo de concentración de Sachsenhausen (vecino a Oránienburg), en medio del ruidoso júbilo del populacho que habitaba la zona norte de Berlín, distrito caracterizado por la densidad y la extracción predominantemente obrera de su población. Muchos eran detenidos en la calle; algunos, en los zaguanes de las casas donde ocasionalmente se hallaban, en especial cuando los esbirros nazis buscaban a algún judío y no lo encontraban. En tales casos prendían sencillamente a quienes, por casualidad, caían en la redada. A veces la tensión nerviosa y la apremiante necesidad de esconderse se hacían tan intolerables, que uno llegaba a desear que lo capturasen de una buena vez para acabar con la tortura de tanta inseguridad... Muchos se presentaban incluso por propia voluntad en las comisarias. Muchos otros, en fin, se vieron empujados al suicidio por la desesperación.

Pronto llegó a saberse que los nazis estaban dispuestos a poner en libertad a aquellos judíos que se hallaban en condiciones de probar que

disponían de posibilidades de emigrar. Hubo, en efecto, algunos prisioneros que fueron puestos en libertad a los pocos días. El estado anímico de los mismos era deprimente. Con los cabellos cortos, demacrados y flacos, con señales de malos tratos en el rostro o en el cuerpo; nerviosos, desesperanzados, angustiados y temerosos de ser nuevamente arrestados en caso de revelar lo vivido, brindaban apenas alguna información, y resultaba en extremo difícil arrancarle los datos necesarios para los trámites de emigración. Y fue en estas circunstancias que se puso de relieve la fortaleza de las mujeres judías, que con valor, decisión y coraje civil lucharon por los derechos de sus familias y arriesgaron sus propias vidas en aras de la salvación.

Se nos había comunicado que todos los varones judíos de cierta *hajschará* habían sido internados en el campo de concentración de Büchenwald (cerca de Weímar). Sin pensarlo dos veces, llamé desde un teléfono público a la oficina de la *Gestapo*, e informé que —de acuerdo a lo que yo sabía— el ganado de la *hajschará* estaba muriéndose de hambre. Créase o no, el llamado bastó para obtener la libertad de unos 40 varones judíos, los que, desde el campo de concentración, fueron conducidos de vuelta a la *hajschará*.

Luego de algunos días conseguimos asimismo establecer contacto con algunos dirigentes de la Federación Sionista de Alemania que se habían "sumergido". Habíamos recibido la noticia de que en la asamblea del Comité de Acción de la Organización Sionista Mundial, que por aquellos días se celebraba en Londres —y a la cual asistió el Dr. Hans Friedenthal, co-presidente de la Federación Sionista—, habían sido asignados algunos certificados a Alemania. Eran, naturalmente, muy pocos, pero cada uno de ellos representaba la salvación de una persona y la emigración de una familia. A la mañana siguiente, a primera hora, el entonces presidente de la Federación Sionista y más tarde diputado de la *Knéset* (Parlamento israelí), Benno Cohn (Cohen), apareció sorpresivamente en mi domicilio. Charlamos en forma exhaustiva sobre la situación y los pasos que debíamos dar. Con gran mesura y decisión fueron adoptadas luego las necesarias providencias, que realmente significaron la libertad para muchos. En principio resolvimos que no se otorgaría certificado alguno a los dirigentes sionistas de nuestra comunidad, excepción hecha de los que se encontraban prisioneros en los campos de concentración. Esta resolución fue acatada sin discusiones ni reparos.

constituían una provocación sin precedentes, un escarnio a las víctimas, un desafío no sólo dirigido a los judíos. . . Todos callaron. Ni de dentro ni de fuera del Reich —de nadie de aquellos que hoy afirman haber estado siempre en contra del nazismo— partió ninguna reacción enérgica; y, allí donde la hubo, no tuvo efecto, por cuanto no se hallaba respaldada por una genuina voluntad de adoptar, a más de actitudes de protesta, alguna medida que tuviera influencia sobre la situación política o económica. El proceder de los nazis puso al descubierto, sin tapujos, la verdadera situación del mundo y el reducido poder de reacción de los pueblos libres, lo incontenible que era aún la bestia parda y lo evidente de la debilidad de sus adversarios, quienes —recién unas semanas atrás— intentaron mantener la “paz” a costa de los pueblos pequeños, por medio del pacto de Munich. Hasta que fue demasiado tarde. . .

Pero aún quedaba por registrarse otro episodio de la tragedia judía, esta vez al resguardo de la luz pública. En la época de la persecución nazi habíase fundado una Unión Cultural Judía con numerosas filiales en el Reich, sobre cuya historia, actividades y derrumbe nos da cuenta el excelente libro de Herbert Freedén *El Teatro Judío en la Alemania Nazi*. Lo que originariamente poseía una justificación y un sentido intrínsecos, perdió, después de la *Noche de Cristal*, toda razón de ser. La actividad de la Unión Cultural se interrumpió; el teatro fue cerrado, pues nadie tenía la cabeza lo suficientemente despejada como para asistir a funciones teatrales u otras manifestaciones culturales mientras arreciaban los pogromes.

Ocurrió, sin embargo, algo inesperado: el 12 de noviembre de 1938 los miembros de la comisión directiva de la Unión Cultural Judía en Alemania recibieron una citación para comparecer ante un alto funcionario del Ministerio de Propaganda del Reich. En dicha oportunidad se comunicó a los asombrados dirigentes la siguiente resolución: “1) En lo sucesivo se prohíbe a los judíos asistir a funciones públicas de cines, teatros, conciertos y cabarets. 2) La Unión Cultural Judía debe reanudar sus actividades de inmediato”. Vanas resultaron todas las explicaciones de que no era posible desarrollar ninguna actividad teatral en medio de la furia pogromera. Los miembros del personal artístico necesarios para las funciones y que se hallaban detenidos fueron puestos inmediatamente en libertad. A los pocos días se levantaba el telón ante

110 espectadores solamente. Ese reducido público hallábase integrado en su mayoría por mujeres, ancianos y los infaltables funcionarios de la Gestapo.

Escribe Freedén al respecto:

“Por fin se levantó el telón, y los focos iluminaron la estancia de una pensión estudiantil escocesa, en cuya chimenea ardía un grato fuego. Advertíase al principio cierto temblor en la voz de los actores, cada vez que los reflectores iluminaban sus rostros. Pero luego los envolvió la magia del escenario. Representaban una borrachera de champaña tras una noche de baile. El gramófono chirriaba una rumba: todos reían y danzaban en su mundo de ilusión y fantasmagoría, una semana después del pogrom.”

Tiempo después los nazis aplicaron similares recetas al perpetrar sus asesinatos en masa, cuando se dedicaron a estrellar cabezas infantiles contra los muros mientras hacían ejecutar acordes marciales y vales vieneses. Conocidos artistas de variedades, de origen judío, eran obligados a actuar en festines que realizaban los jefes nazis. Luego se los mataba sin piedad.

Lo que ocurrió por aquellos días en el Reich de la Gran Alemania —a la que pertenecía Austria, la provincia oriental que había sido recientemente incorporada al Imperio nazi— se halla registrado en una copiosa documentación que se conserva: informes de dirigentes del Partido y de los SA; actas de la suprema corte del Partido; actas procesales de juicios llevados a cabo tras el derrumbe del Reich; declaraciones juradas de algunos judíos, etcétera.

Los sucesos de la *Noche de Cristal* no constituyen secreto alguno para nadie; acaccieron a la vista del mundo entero. De los multitudinarios asesinatos consumados ulteriormente mediante las cámaras de gas, muchos pueden alegar no haber tenido conocimiento alguno. Respecto de los crímenes perpetrados aquella noche, empero, tal subterfugio no es posible.

VI DOCUMENTOS

EN LA ACTUALIDAD se conserva una larga serie de documentos que permiten inferir cuáles fueron los planes y la técnica aplicados en ocasión del pogrom. Dichos documentos no se han compilado aún; se encuen-

tran diseminados e incluidos en diversos trabajos referentes a las persecuciones antijudías, y en obras mayores que se ocupan de la época nazi. Aquí sólo reproduciremos aquellos que resulten relevantes para comprender los sucesos relatados. Los tres documentos iniciales integran el libro de Wolfgang Scheffler *Persecución de los Judíos en el Tercer Reich, 1935-1945*. El primero es una orden emitida por la corte suprema del partido nazi (NSDAP) el 20 de enero de 1939. El citado organismo debía juzgar los crímenes y actos de pillaje supuestamente cometidos fuera del marco de las medidas adoptadas, por malhechores aislados. De dichos juicios emana un frío cinismo. En verdad no se procuraba tanto castigar a los culpables como justificar los crímenes. El informe expresa:

"La orden del comandante de grupo, transmitida telefónicamente al jefe de estado mayor del grupo *Oberführer** Römpagel, en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, ha sido resumida por éste por escrito, como sigue: «Todos los negocios judíos deben ser inmediatamente destruidos por hombres uniformados de los SA. Tras la destrucción debe colocarse una guardia de SA con el objeto de vigilar para que no sea sustraído ningún objeto de valor. Los jefes administrativos retirarán a sitio seguro todos los objetos de valor, dinero inclusive. La prensa debe ser informada. Las sinagogas deben ser incendiadas, y retirados los símbolos judíos. Los bomberos no tienen que intervenir; sólo deben cuidar las viviendas de alemanes arios. También las viviendas judías adyacentes han de ser protegidas por los bomberos, si bien los judíos deben ser evacuados de las mismas a fin de que en ellas ingresen arios en los días subsiguientes. La policía no debe intervenir. La determinación de los negocios y depósitos judíos se realizará de acuerdo con los intendentes; lo mismo se hará con respecto a los vendedores ambulantes. Todos los judíos deberán ser desarmados. Ante la menor resistencia, disparar de inmediato. En el frente de las sinagogas, negocios judíos, etc., destruidos, fijar carteles con un texto más o menos como sigue:

Venganza por el asesinato de von Rath.

Muerte a la judería internacional.

Nada de acuerdos con los pueblos vasallos de los judíos».

Esto también puede aplicarse a la masonería".

Otro de los informes proviene de la ciudad de Geldern y está fe-

* Oficial de las SS.

chado el 14 de noviembre de 1938. Se refiere a una ofensiva lanzada contra doce familias judías y constituye una prueba fehaciente de lo metódico de la acción nazi. Fue elevado por el jefe del pelotón de SS 10/25, y su original se encuentra en la biblioteca Wiener, de Londres. Dice así:

"La acción dentro del radio de Geldern, y también del de Xanten, fue llevada a cabo exclusivamente por SS pertenecientes al pelotón 10/25. Las instrucciones fueron expedidas telefónicamente el 10/XI/1938, a eso de las 3.30, desde el batallón SS III/25. La primera medida la constituyó el incendio de la sinagoga de Geldern a eso de las 4 de la mañana. Hacia las 9 de la mañana la destrucción era completa; sólo quedaban en pie los muros exteriores. Fueron retiradas algunas biblias en caracteres hebraicos. Al mismo tiempo fueron arrasadas las instalaciones de la sinagoga de Xanten (un domicilio privado). Dentro de la jurisdicción del pelotón 2 había negocios judíos, cuyas instalaciones y existencias fueron totalmente destruidas. Las viviendas del resto de los judíos fueron arruinadas e inutilizadas por completo, luego de haber roto primero los cristales y los vidrios. En ningún caso se hizo nada contra la persona de los judíos, que en su mayoría se habían escabullido durante la acción. A eso de las 9 de la mañana (del 10/XI) la acción había quedado consumada. En el distrito reside un total de 12 familias judías. Hasta las 11 fueron detenidos por la policía todos los judíos varones entre los 15 y los 70 años, y alojados por ahora en las instalaciones de detención de la localidad.

"Durante el día 11/XI/38 los integrantes del pelotón SS 10/25 participaron en algunos allanamientos de casas judías, en las que se buscaban armas y material gráfico. No fueron halladas armas ni otros materiales. La población se mantuvo pasiva frente a las demostraciones. El incendio de la sinagoga atrajo a gran número de transeúntes, que siguieron atentamente el espectáculo. Puesto que no había negocios de importancia, no llegaron a producirse saqueos. Por ello no fueron necesarias patrullas ni policías "apostados".

Que estos procedimientos de la corte suprema del partido nazi constituían una farsa, resulta claramente del informe que fue elevado a Goering. De acuerdo a una disposición especial al respecto, todos los procedimientos ingresados en los tribunales regulares fueron derivados a aquel organismo, a fin de ser resueltos en forma unitaria. En realidad, el único interés que movía a la corte suprema del Partido era el de disimular los crímenes de la *Noche de Cristal*. El documento, fechado el 13 de febrero de 1939, expresa:

"...El informe sobre el resultado de los procedimientos a la fecha es presentado, primero... porque... las averiguaciones policiales en los restantes (en total 91) casos de homicidio no están todavía cerrados y porque, por otra parte, los resultados brindarían, hasta el momento —de modo especial con referencia a motivos y circunstancias—, un panorama y una perspectiva. El senado (del partido nazi), en lo futuro, no quisiera realizar en absoluto procedimientos por homicidios de judíos perpetrados en el marco de la acción del 9/XI/38 en tanto no exista la sospecha, sobre la base de averiguaciones policiales, de que hubiesen existido móviles criminales o de provecho propio... Además, la última consideración en el proceso Schenk señaló que el primer caso que se dio a conocer de homicidio de un judío, de nacionalidad polaca, fue llevado a conocimiento del Ministro de Propaganda del Reich, compañero Dr. Goebbels, el 10/XI/38, a eso de las 2, expresándose la opinión de que algo debía de ocurrir para evitar que toda la acción se deslizara por una pendiente peligrosa. El compañero Dr. Goebbels respondió, según declaración del *Gauleiter* interino de Munich-Alta Baviera, en el sentido de que el informante no se hiciera mala sangre por la muerte de un judío, puesto que a millares de judíos les ocurriría lo mismo en los días siguientes".

En ese momento todavía hubiese sido factible impedir la mayoría de los homicidios de judíos por medio de una disposición complementaria. Si ello no aconteció, debe inferirse de este hecho, y también de lo expresado, que el "éxito" final era deseado o, por lo menos, considerado posible o apetecible. Pero entonces el homicida aislado ha trocado en hecho no solamente la voluntad supuesta, sino la genuina voluntad de la superioridad, aunque ésta haya sido expresada en forma poco clara, pero bien interpretada...

Lo que ocurría en el campo de concentración de Sachsenhausen (y ello es extensivo también a lo que sucedía con los detenidos en otros campos) surge del informe de alguien que estuvo allí:

"Fuimos cargados en camiones y transportados. Nadie sabía a dónde. Luego de un largo recorrido a través de la zona norte de los suburbios berlineses llegamos al campo de concentración de Sachsenhausen. Una vez que hubimos saltado del camión, en la oscuridad, fuimos recibidos por los SS con bofetadas, puntapiés y culatazos. Luego nos arreararon... hasta un lugar enorme, iluminado por tres reflectores. Allí fuimos dispuestos en filas, y, a modo de salutación, el comandante del campo nos dirigió una arenga. Poco más o menos, dijo: 'Estáis aquí en castigo por el cobarde asesinato cometido por vuestro hermano de raza, Grynspan. Deberéis permanecer

aquí en calidad de rehenes, a fin de que la judería mundial no perpetre otros crímenes. No estáis en un sanatorio, sino en un crematorio. Toda orden de las SS debe ser obedecida. Los SS gozan del derecho de disparar sobre vosotros cuando lo deseen. Nuestros muchachos tienen una puntería endiabladamente buena. De modo que no tiene ningún sentido tratar de huir. El alambre de púas que rodea al campo se halla electrificado con un elevado voltaje. Quien lo toca, muere en el acto. Ante cualquier intento de fuga habrá tiros. Debéis ganar vuestro sustento trabajando. Cuidaremos de que vuestras abultadas barrigas desaparezcan".

"Permanecimos toda la noche de pie en el enorme lugar. No había permiso para salirse de las filas. Cada tantos minutos llegaban nuevos transportes. En las primeras horas de la mañana fuimos llevados a una barraca y allí tuvimos que desnudarnos por completo. El dinero y los objetos de valor nos fueron quitados contra recibo. Luego pasamos a un recinto contiguo, donde nos raparon. En una tercera habitación nos dieron ropa interior liviana, como así también uniformes de fajina a franjas azules y blancas. Por último fuimos inscriptos y nuevamente llevados al lugar de reunión. Ya no nos reconocimos con esa ropa.

"Mientras aguardábamos allí, de pie, los SS se solazaban abofeteándonos al azar, o pisándonos. Cerca de mí había un hombrón fornido, profesor de Matemáticas. Cuando uno de los SS le propinó un puñetazo, el hombre le devolvió el golpe, y el SS cayó al suelo. El comandante del campo lo vio y lo hizo detener. A una seña trajeron un caballete y el profesor fue atado sobre el mismo. Para ello fueron menester cuatro hombres, para dominarlo. Luego fuimos todos obligados a formar un gran círculo, y el comandante del campo proclamó, de viva voz, que el judío Itzic había sido condenado a veinticinco latigazos. A continuación se me ofreció el espectáculo más indigno que jamás haya presenciado yo en mi vida. Un gigante de las SS descargó —según orden— veinticinco correazos sobre el prisionero. Este aullaba de dolor, y la sangre salpicaba por doquier. Recibió los últimos golpes desvanecido, pues cesó de gritar. Luego lo desataron, esparcieron sal y pimienta sobre sus heridas... y lo sacaron a la rastra. Nunca más volvimos a verlo...

"Por fin entramos en una barraca con capacidad para 75 personas, en la que apretujaron a 300 de nosotros. Ese era nuestro dormitorio y comedor. De noche debíamos dormir sobre el piso, tan apretados que sólo se podía estar de costado. Había muchos enfermos entre nosotros, que debían trabajar tan duro como los demás. No había permiso para traer a un médico; nadie podía abandonar la barraca por la noche. Durante las primeras tres semanas falleció un 25% de nuestro contingente. ¡Cuántas

veces ocurría que el vecino, estertoroso, se empeñaba en luchar contra la muerte! Pero nadie podía auxiliarlo, y a la mañana siguiente uno se encontraba al lado de un cadáver.

"Cuando a las cinco de la mañana, en plena oscuridad, salíamos al trabajo, veíamos siempre a algunos muertos, en uniforme, colgados entre los alambres de púas. Desesperados, habían preferido una muerte rápida a perecer lenta, miserable y dolorosamente en el campo. Había que trabajar entre 12 y 16 horas (en carreteras, en una fábrica o en el bosque), y recién por la noche recibíamos un plato de comida caliente. Lo peor era el frío, contra el cual no nos protegían la ropa interior y el uniforme de fajina, confeccionado en brin. Era un invierno riguroso, y hacía hasta 20 grados bajo cero. Los congelamientos de extremidades eran cosa corriente. Pero la mayoría moría de neumonía. Por cualquier nimiedad eran impuestos feroces castigos. El más "popular" era el de "pararse a la puerta". Había que estar parado media hora, completamente desnudo, con los brazos levantados ante la puerta, en la nieve. Quien bajaba los brazos o se caía recibía golpes hasta que se levantaba o perecía. Quien lo soportaba, empero, sufría graves enfriamientos, o se pescaba una pulmonía que generalmente tenía un fatal desenlace...".

Este conmovedor informe da cuenta de los métodos utilizados para la liquidación, "enriquecidos" más tarde con la instalación de las cámaras de gas y las ejecuciones en masa. La tragedia y la desesperanza de la situación de los judíos se refleja en la actitud y la muerte de aquel infortunado profesor de Matemáticas que no se dejó golpear pasivamente y reaccionó como un hombre en defensa de su dignidad de tal. Para aquellos que fueron detenidos entonces, algunos días —y aun unas pocas horas— bastaron para dejarles una marca para toda la vida.

El jefe de la unidad SS 411 (Wesermünde) llamó al comandante K. —quien era a un tiempo intendente del pueblo de Lesum y *fürher* de los SS de la localidad— en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938. Entre ambos tuvo lugar el siguiente diálogo (Graml, H., *op. cit.*, pág. 37):

S.: "Aquí la unidad 411. Comandante de tropa S. al teléfono. ¿Ya tienen la orden?"

K.: "No."

S.: "Alerta a los SA de toda Alemania. Medidas de represalia por la muerte de von Rath. Cuando caiga la noche no debe quedar ni un solo

judío en Alemania. También hay que destruir los negocios judíos. ¡Informar al *Sturmbannführer* (mayor de los SA) R.!".

K. repitió la orden y, sorprendido al principio por lo insólito de la misma, preguntó: "¿Qué es lo que hay que hacer con los judíos?". S. respondió: "¡Destruirlos!". K. informó de inmediato a su *Sturmbannführer*; como nadie quería convencerse, éste llamó a Bremen. Inquirió por teléfono: "Tengo aquí una orden totalmente disparatada; ¿qué hay de cierto al respecto?". El *Sturmbannführer* de turno le replicó: "Sí, señor; en Bremen ya estamos en la noche de los cuchillos largos. ¡La sinagoga ya arde!". Consecuentemente, las acciones del pelotón de SA en Lesum incluyeron el asesinato de tres judíos.

El copioso material respecto de los acontecimientos en Austria, reunido por el Centro de Documentación de la Asociación de Víctimas Judías del Nazismo en Viena (Director: Ing. Simón Wiésenthal), brinda un detallado panorama respecto de cómo fueron llevadas a cabo las acciones en todo el territorio de la "comarca oriental". En un informe rotulado como "Asunto Secreto del Reich" dicese entre otras cosas:

"Luego de tomar juramento a los SS el 9 de noviembre de 1938, a las 24, el jefe de la agrupación 87 de SS, *Sturmbannführer* Erwin Fleiss, en representación del *Obersturmführer* (teniente de SS) Dr. Gelb ausente por razones de servicio, me solicitó comparecer a la 1 en la oficina del *Gauleiter* Höfer.

"El *Gauleiter* llegó a su oficina puntualmente a la 1, desde Munich. Estaban presentes los jefes de las policías regular y de seguridad, el *Hauptsturmführer* (capitán de SS) Dr. Spann, de la oficina de la policía estatal de Innsbruck; el *Untersturmführer* (subteniente de SS) doctor Franzelin, de la dirección de policía de Innsbruck, etc.; además, el encargado de arianización, compañero Hermann Duxneuer, y yo como representante del subsector SD Tirol. El *Gauleiter* informó lo siguiente:

"En respuesta al cobarde y criminal ataque judío contra nuestro consejero de embajada von Rath, en París, el furor del pueblo del Reich ya se ha volcado contra los judíos. Entre otras cosas, ya habrían sido incendiadas varias sinagogas. Es necesario que esta noche (del 9 al 10/XI/38) también en el Tirol caiga sobre los judíos el furor del pueblo. Los incendios que eventualmente se produzcan en la propiedad judía serán de la incumbencia de la policía de bomberos y no de las agrupaciones del movimiento. Las autoridades policiales, dentro del marco de la acción, tendrán las siguientes tareas:

"1. — Deben evitar los saqueos, como así también la destrucción o el daño de bienes arios.

"2. — Al cabo de la acción, y por su propia seguridad, los judíos deben ser detenidos de inmediato, como medida de precaución; en especial los aptos para el trabajo.

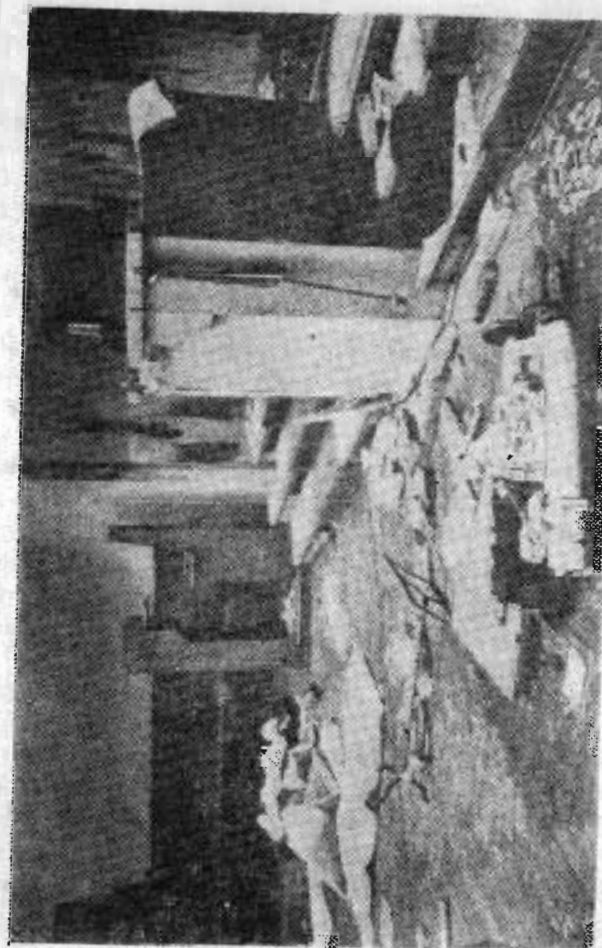
"Hay que dar total libertad de acción al furor del pueblo hasta las seis de la mañana; hasta entonces, la policía no debe entrar en acción contra los manifestantes en ningún caso".

De las numerosas piezas documentales puede deducirse la unidad en la acción. El "furor del pueblo", utilizado como instrumento complaciente, cumplió su parte de acuerdo a las órdenes recibidas. La reacción popular no fue unánime. Algunos informantes declararon que el pueblo aplaudió la acción, mientras que otros deploran su total indiferencia. Pero todos los informes coinciden en afirmar que las sinagogas fueron totalmente destruidas, por la acción del fuego o de otros medios. El jefe de las SD en el Tirol se disculpó: "El hecho de que algunos judíos no hayan sido damnificados en esta acción se debe a que se los pasó inadvertidamente por alto". La oficina de Baden informó: "La acción de la fecha ha suscitado en la población, en especial entre los más necesitados, un gran entusiasmo. . . (La acción resultó ser) un éxito propagandístico de primera línea. En sitio alguno advirtiéndose compasión para con los judíos; ni siquiera entre los así llamados círculos selectos de la clase burguesa. . .".

El número exacto de sinagogas y casas de oración destruidas a consecuencia de esta acción jamás fue determinado. Que la cifra dada a conocer por Hédyrich es falsa y que hubo una cantidad mucho mayor de templos arrasados son hechos que resultan claros, en especial a partir de informes como los que presentara una sola brigada de SA y que transcribimos:

Darmstadt, 11 de noviembre de 1938.

SA de la NSDAP
BRIGADA 50 (STARKENBURG)
DIVISIÓN BR. N. NR. 4309.
Al
Grupo SA Kurpfalz
M a n h e i m.



El interior de la antigua sinagoga de Múnich después de su destrucción.

El 10/XI/1938, a las 3, me llega la siguiente orden:

"Por disposición del *Gruppenführer* deben ser voladas de inmediato todas las sinagogas judías, o deben ser incendiadas. Las casas adyacentes habitadas por arios no deben ser dañadas. La acción debe ser ejecutada con vestimenta civil. Deben suprimirse los amotinamientos y saqueos. Informar sobre la ejecución hasta las 8.30 al *Brigadeführer* o instancia correspondiente".

Los *Standartenführers* fueron de inmediato alertados por mí e instruidos, y en seguida comenzó la ejecución. Por la presente informo que han sido destruida en la jurisdicción de la

STANDARTE 115

1. sinagoga en Darmstadt, Bleichstrasse. Destruída por incendio.
2. sinagoga en Darmstadt, Fuchsstrasse. Destruída por incendio.
3. sinagoga en Heppenheim. Destrucción del interior e instalaciones.
4. sinagoga en Grafenhausen. Destrucción del interior e instalaciones.
5. sinagoga en Griesheim. Destrucción del interior e instalaciones.
6. sinagoga en Pfungstadt. Destrucción del interior e instalaciones.
7. sinagoga en Eberstadt. Destruída por incendio.

STANDARTE 145

1. sinagoga en Bensheim. Destruída por incendio.
2. sinagoga en Lorsch en Hessen. Destruída por incendio.
3. sinagoga en Heppenheim. Destruída por incendio y voladura.
4. sinagoga en Birkenau. Destruída por incendio.
5. casa de oraciones en Alsbach. Destruída por incendio.
6. sala de reunión en Alsbach. Destruída por incendio.
7. sinagoga en Rimbach. Instalaciones totalmente destruidas.

El *Führer* de la Brigada 50 (Starkenburg)
Lucket, *Brigadeführer*

Estos son los informes y los hechos. Resulta difícil expresar en palabras lo que los perseguidos han sufrido. Aquí nos limitaremos a reproducir algunas informaciones brindadas por sobrevivientes.

En Neidenburg (Prusia Oriental) residían pocas familias judías.

En la noche del terror varios judíos fueron muertos a cuchilladas; otros quedaron gravemente heridos. En el domicilio de la familia Z, penetraron varios "camisas pardas" que, según declararon luego en su "descargo", estaban borrachos... El jefe de la familia fue herido de gravedad, a puntazos; la esposa —que acudió en su auxilio— fue agredida de igual forma, con tal salvajismo que se desangró y falleció en pocos instantes. Los dos hijos del matrimonio fueron gravemente heridos. El padre y sus vástagos fueron conducidos al hospital, y allí logróse salvar sus vidas. En el mismo nosocomio otro judío, que había ingresado junto con los otros tres, murió al poco tiempo. Cuando un hombre residente en Berlín arribó al pueblo para asistir al sepelio de su madre, fue agredido y seriamente maltratado por los vándalos nazis...

En otra localidad un comerciante, veterano del frente de batalla de la primera guerra mundial, fue arrancado de su cama y arrestado. No se le permitió vestirse. En paños menores fue arrastrado hasta un camión de ganado, abierto, en medio del frío más inclemente, y en dicho vehículo conducido hasta el campo de concentración de Sachsenhausen. Llegado que hubo el camión allí, constatóse que tres judíos habían escapado. Todo el grupo tuvo que aguardar ante las puertas del campo, hasta tanto logróse aprehender —luego de tres días de incesante búsqueda— a los fugitivos. Durante ese lapso, el grupo de marras no recibió alimento alguno. Muchos sufrieron colapsos antes de ingresar al campo de concentración. Luego se reunió a todos los reclusos para que presenciassen un horrendo y degradante espectáculo: cómo se azotaba, hasta hacerlos morir, a los tres judíos que habían fugado...

Un judío —conducido primero de Viena a Dachau y luego a Büchenwald— informó sobre los cotidianos malos tratos y sobre las "bromas" que los guardianes gastaban a los indefensos prisioneros: les quitaban la gorra, la lanzaban a cierta distancia y los enviaban a recogerla. Los que así lo hacían eran fusilados, puesto que la gorra había sido arrojada a un campo que los prisioneros tenían prohibido pisar. Quiénes no iban por su gorra recibían una feroz paliza por desobedecer...

Sobre este y otros destinos individuales nada nos dicen las crónicas. Tras todo el farrago de documentos e informes —redactados en términos generalmente alborozados— producidos por los SA o las SS es dable percibir los sufrimientos de los perseguidos, el llanto de las familias y la gran tragedia de todos los judíos que vivían, en aquellos tiempos

negros, bajo férula del régimen nazi. Ellos jamás podrán olvidar lo sucedido. Jamás...

VII EPILOGO

BAJO LOS ESCOMBROS Y LAS CENIZAS de la aciaga *Noche de Cristal* quedó sepultada la vida judía en Alemania. Casi dos milenios de historia y de padeceres en el corazón de Europa hallaron su fin. Lo que siguió fueron medidas adoptadas a fin de dar carácter definitivo a tal derrumbamiento: segregación civil, discriminación económica, prohibición de comprar, de acudir a funciones públicas, de utilizar los medios de transporte y plazas de esparcimiento; imposición de distintivos amarillos; trabajos forzados; detenciones... Luego sobrevinieron las deportaciones. Primero fueron conducidos los judíos de Stettin y de otros lugares de Pomerania a Minsk, donde se los masacró. Sólo dos personas sobrevivieron a esa carnicería...

Después los convoyes de la muerte comenzaron a enfilarse rumbo a Theresienstadt, y de allí a Auschwitz. Muchos eran enviados directamente a las cámaras de gas. Este fue el fin...

Las llamas que surgieron de las sinagogas incendiadas concluyeron por hacer presa de la Europa toda. Fue obra de los nazis el que las ciudades alemanas, tras la caída del tercer *Reich*, quedaran en ruinas. El fuego --aquél que ellos mismos encendieron-- terminó por devorarlos.

Los judíos que sobrevivieron a tan atroz destino o que lograron huir de él merced a la emigración, viven hoy en Israel o en otros países, dispersos entre los pueblos del orbe. La generación que presenció los hechos que narramos va desapareciendo poco a poco. Pero nos alienta la firme convicción de que los magnos logros y valores de la judeidad germana de antaño perdurarán a través de las generaciones venideras, y de que toda esa luminosa pléyade de científicos, poetas y artistas judeo-alemanes no habrá de ser olvidada jamás. No queremos que nuestra herencia enmudezca con nosotros. El recuerdo de la vida y la pasión de la que alguna vez fuera tan orgullosa judería germana, quedará indeleble en la memoria de los tiempos merced a nuestro esfuerzo y a nuestros logros, pero también a través de nuestra firme esperanza y nuestra incommovible fe en el pueblo de Israel.

BIBLIOTECA POPULAR JUDIA

Publicaciones del Ejecutivo Sudamericano
del Congreso Judío Mundial
Corrientes 1979 - Buenos Aires

Colección: HECHOS DE LA HISTORIA JUDIA

1. Menájem Boreisho: LA HISTORIA DEL IDISCH. (Agotado)
2. Teodoro Herzl: EL PRIMER CONGRESO SIONISTA. (Agotado)
3. Abraham Platkin: LA HISTORIA DEL HEBREO. (Agotado)
4. Simja Sneh: HISTORIA DE UN EXTERMINIO.
5. Shalom Rósenberg: BREVE HISTORIA DE JERUSALEM. (Agotado)
6. Chaím Weizmann: HISTORIA DE LA DECLARACIÓN BALFOUR.
7. Paúl Warszawski: HISTORIA DE LA PARTICIÓN DE PALESTINA.
8. Perla Haydée Bumaschny: LA HISTORIA DEL LADINO.
9. Anatole Goldstein: LOS NAZIS EN ACCIÓN.
10. Jonás Túrkow: EL LEVANTAMIENTO DEL GHETTO DE VARSOVIA.
11. Jaime Barylko: LA HISTORIA DE PÉSAJ.
12. Vasili Grossman: EL INFIERNO DE TREBLINKA.
13. León Dujovne: LA CONCEPCIÓN DE DIOS EN LA BIBLIA.
14. Miguel Smilg-Benario: LA LEYENDA DEL CRIMEN RITUAL.
15. Jaime Barylko: LA FIESTA DE SUCOT.
16. Hardi Swarsensky: LA NOCHE DE CRISTAL.

Colección: GRANDES FIGURAS DEL JUDAISMO

1. Samuel Rollansky: SCHÓLEM ALÉIJEM. (Agotado)
2. Natán Gesang: YEHUDÁ HALEVÍ. (Agotado)
3. Simja Sneh: SCHMUEL IOSEF AGNÓN. (Agotado)
4. León Dujovne: MAIMÓNIDES. (Agotado)
5. Nahum Goldmann: TEODORO HERZL. (Agotado)
6. Shalom Rósenberg: FILÓN DE ALEJANDRÍA. (Agotado)
7. Eugen Relgis: STEFAN ZWEIG. (Agotado)
8. David Elnejavé: JEREMÍAS.
9. León Dujovne: MOISÉS HESS. (Agotado)
10. Jaime Barylko: ISAFÁS.
11. Josef Fraenkel: NAHUM GOLDMANN. (Agotado)
12. Heszal Klepfisz: BAAL SCHEM TOV.
13. Marc Túrkow: JÁNUSZ KÓRCZAK.
14. Jaime Barylko: DAVID, REY DE ISRAEL.
15. Hardi Swarsensky: WÁLTHER RÁTHENAU.
16. Heriberto Háber: JONÁS.
17. León Dujovne: HÍLEL ZETTIN.
18. Jaime Barylko: JOSUÉ.
19. Sofía Erlich-Dubnow: SIMÓN DUBNOW.
20. Heriberto Háber: RUT.
21. León Dujovne: HEINRICH GRAETZ.
22. Jaime Barylko: RABÍ AKIVÁ.
23. Luis Kardúner: MÉNDELE MÓIJER SFÓRIM.
24. Jonás Túrkow: MORDEJAY ANIELÉVICH.
25. Lázaro Schallman: LEÓN HEBREO.
26. Jaime Fínkielsztejn: BER BÓROJOV.
27. Heinrich Riegner: HERMANN COHEN.
28. Heriberto Háber: EL PATRIARCA ABRAHAM.
29. César Tiempo: ANDRÉ SPIRE.